

DON RENATO ZIGGIOTTI

(1892-1983)

Solemnidad del Sagrado Corazón.

Roma, 10 de junio de 1983.

Queridos hermanos:

Dios nos ha regalado un modelo para seguir a Jesucristo y un estímulo para crecer en el espíritu salesiano, en el testimonio de vida de nuestro inolvidable

DON RENATO ZIGGIOTTI

quinto sucesor de san Juan Bosco
y primer Rector Mayor emérito de la Congregación.

Su nombre «Renato» recuerda la originalidad radical del «renacimiento» en el Espíritu (cfr. *Rom* 6,3-9; *Juan* 3,1-8) y define su personalidad de «hombre de Dios», hecha de interioridad, de alegría y de trabajo en la escuela del Santo de los jóvenes.

El rostro del Señor se fue delineando y perfeccionando en su existencia desde el bautismo —octubre de 1892— hasta su santa muerte en nuestra casa de Albaré di Cotermanno, Verona, (norte de Italia) el 19 de abril de 1983. ¡Noventa años largos de constante crecimiento cristiano!

Sus funerales, a pesar de la aflicción del luto, se celebraron en un clima de gozo espiritual, gratitud, admiración y esperanza. Don Renato, patriarca venerable, aparecía ante todos como un profeta de juventud: testigo de la vitalidad del renacimiento bautismal y apóstol entusiasta de los jóvenes. ¡No es frecuente que el féretro de un anciano difunto invite con tanta nitidez a optar por la juventud para evangelizarla!

En los años del ocaso

Don Renato vivía en Albaré desde 1971: más de 12 años. Un período tan largo como su rectorado, vivido a la cota de los 80. Ha sido un

período de aceleración espiritual. Los maestros de espíritu dicen que el movimiento de maduración de la vida se acelera interiormente a medida que se acerca a Dios, centro de atracción, como la piedra lanzada desde lo alto, según la ley de la gravedad, acelera su velocidad a medida que se acerca a la tierra.

Los diversos salesianos e Hijas de María Auxiliadora de la casa —primero noviciado y después centro de espiritualidad juvenil— dan de ello testimonio conmovedor. Una frase que se le escapó espontánea cuando hablaba a las religiosas en las últimas semanas es de lo más significativo: «Vivo —dijo— en el gozo; me siento embriagado de gozo». Y al Inspector le confesaba en los últimos días: *Nada puedo pretender del Señor: nada, nada.* Y señalando con el dedo el Crucifijo: *¡Todo (lo espero) de El, todo (lo espero) de El! Sí: ofrecer y rezar, rezar y ofrecer...*

Su oración era continua: breviario, rosario, prácticas comunitarias... Todo el día en diálogo con el Señor. Llegaba a doce o quince rosarios enteros por día. Era característico hallarlo rezando en la capilla, en su habitación o en los cortos paseos con el bastón en una mano para apoyarse y el rosario en la otra: La imagen del hombre recogido en Dios... Hasta la misma arterioesclerosis progresiva actuaba en él como purificación de los recuerdos, y contribuía a concentrar y resaltar aún más el móvil interior de toda su personalidad.

Rezaba por todos: Por la Iglesia, por el Papa, por la Congregación y la familia salesiana, por los Superiores, por los jóvenes, por los amigos y familiares. La penúltima noche un salesiano que lo asistía le dijo: *Don Renato, cuando esté en el paraíso, rece por mí.* Contestó: *¿Por qué sólo por ti? ¡Por todos, por todos!*

Celebraba la Eucaristía con arrebató interior. Hasta septiembre de 1979 presidió la misa diaria en la capilla de las Hijas de María Auxiliadora de casa. Después, exonerado a causa de las dificultades del trayecto y de las escaleras, gozaba al poder participar en la concelebración de la comunidad y lo agradecía.

Frecuentaba con regularidad y con humilde fervor el sacramento de la Reconciliación. Su confesor de Albaré recuerda que los dos primeros años se le presentaba con un papel en la mano, hasta que le convenció de que no era necesario. En él llevaba escrito el resultado del examen de conciencia, que preparaba después de rezar un rosario entero, *porque*

—decía— *la Virgen me debe guiar; no quiero hacer nada que sea contra el deseo de Jesús*. Después de cada confesión se empeñaba en que el confesor le permitiera besarle la mano. *Es la mano de quien me da el perdón; es mi modo de decirte gracias. Pero te lo agradeceré, además, rezando hoy un rosario por ti, por la bondad que has tenido conmigo*.

Cuando se supo que iba a trasladarse al entonces noviciado —hasta 1974— de Albaré, los salesianos se apresuraron a preparar una habitación con servicios. ¡Llegaba el primer Rector Mayor emérito de la Congregación! La comunidad tenía de ello una conciencia profunda y agradecida y se disponía a tratarlo con cariño y deferencia, como una especie de tesoro. Tesoro lo sería de verdad; pero en aquella habitación sólo estuvo dos días. El director debió acceder a su petición insistente: *Mira, los salesianos de casa no tienen una habitación como ésta. Pues, entonces, dame también a mí una como la suya*. Y se hizo el traslado de lo poquísimo que había llevado consigo desde la colina de los Becchi. Quiso arreglárselas solo en su vida: casi hasta los últimos días ni siquiera consintió que le hicieran la cama.

Nunca se quejaba de nada. Le hacía feliz ser salesiano y manifestaba su contento con una actitud palpable de satisfacción por encontrarse en comunidad, participando y compartiendo afecto, planes y problemas. Quería ser hermano entre hermanos y como ellos. Por eso participaba plenamente en la vida de la comunidad, no como observancia de penitencia, sino con vivísimo espíritu de familia: como hijo, como hermano, como padre y también —¿por qué no decirlo?— como abuelo...

Amigo de todos, fácil a la comunicación, portador de alegría salpicada de buen humor, un verdadero manantial de serenidad. Los salesianos de casa consideraban un privilegio tenerlo con ellos. Sin embargo hay que pensar también que a aquella edad, con sus inevitables achaques, no suele ser fácil —sin una robusta espiritualidad— vivir como portador de comunión, entusiasmo, esperanza, sentido de gratitud, alegría espontánea, olvido de sí mismo, interés en los planes comunes y simpático sentido de compartir todo.

Estaba íntimamente convencido de que los cargos desempeñados y todo lo que había hecho era don de Dios y a El había que atribuirlo, y convenía cubrir todo con la sonrisa de la humildad y con el silencio. No le gustaba que se hablara con él de los años de su rectorado. Si alguno lo

hacía, desviaba la conversación diciendo: *¡Pobre de mí; qué cuenta tendré que dar a Dios!*

En cambio cuando hablaba de Don Bosco —su padre, fundador, guía y modelo, el que había dado un sentido tan hermoso a toda su existencia— él, que tenía momentos menos felices para recordar el pasado, recuperaba una lucidez especial y expresaba con brío y claridad: con el entusiasmo del ideal más querido de su vida. El último período de su ocaso en Albaré ha sido una verdadera gracia del Señor. Lo vivió como un patriarca bíblico, cargado de años y acontecimientos humanos, pero rico en interioridad y paz, testigo de la belleza de la vocación salesiana, maduro para el cielo.

Una vida completamente salesiana

La vida terrena y la vocación salesiana de don Renato casi se superponen. El mismo solía decir que cuando su padre —acabada la primera clase elemental en el pueblo lo encomendó con sus siete añitos a los salesianos del colegio «Manfredini» de Este, providencialmente había hecho coincidir su *ser salesiano con su primer uso de razón*.

Había nacido el 9 de octubre de 1892 en Bevadoro, sección del ayuntamiento de Campodoro (provincia de Padua y diócesis de Vicenza). Era el octavo de los once hijos de Eustaquio Ziggiotti y Luisa Castegnaro. En la casa salesiana maduró su vocación. Cuando iba a terminar el bachillerato elemental, con el consejo —entre otros— de Antonio Coiazzi, que se estaba preparando para el sacerdocio en la cercana casa de Mogliano Véneto, decidió pedir la admisión al noviciado. Sus cristianos padres se alegraron de tal elección. «*Que Renato —dijeron— haga lo que le inspire el Señor*».

Hizo el noviciado en Foglizzo, bajo la dirección del maestro don Giovanni Zolín. El 15 de septiembre de 1909 pronunció los votos ante el beato Miguel Rúa, primer sucesor de Don Bosco. Hizo el bachillerato superior y los estudios de filosofía en Turín-Valsálce, donde estaba, como profesor muy estimado, el siervo de Dios Vicente Cimatti, *el salesiano que más me recuerda a Don Bosco*, diría más tarde. Lo había tomado como modelo de su vida. Uno de aquellos tres años tuvo la oportunidad de asistir una noche a don Miguel Rúa enfermo. Lo veía sufrir en silen-

cio. Le preguntó quedito: *Don Miguel, ¿sufre mucho?* —*Sí, hijo, sí;* respondió sereno el buen padre. Entonces con juvenil simplicidad y espontáneo buen corazón le susurró: *También nuestro Señor sufrió mucho en la cruz.* Don Miguel sonrió y dijo: *Muy bien Ziggotti, muy bien.*

Tuvo que interrumpir temporalmente los años de Valsálce para hacer alguna suplencia en Varazze y Bolonia. También solía tener encomiendas apostólicas en el oratorio de Valdocco en los buenos tiempos del P. Pavía y del «comendador» Garbellone.

Después, hizo con satisfacción de todos el tirocinio en Verona de 1912 a 1915, donde dejó grato recuerdo de sí, de su dinamismo y de su capacidad y calidad de trabajo salesiano.

El estallido de la primera guerra mundial —para Italia, 1915-1918— abrió en su vida un paréntesis militar que, aunque entre peligros, enriqueció su maduración espiritual. Llamado a las armas en junio de 1915, fue destinado al Cuerpo de Artillería de campaña de Verona. Tres meses más tarde fue ascendido a subteniente e hizo de instructor de reclutas hasta agosto de 1916, en que fue sorteado como bombardero y mandado a la zona de Carso con el grado de teniente.

Es interesante observar que aquel año, precisamente desde la trinchera de Carso, escribía al Rector Mayor don Pablo Albera, y se brindaba para las misiones si salía de la guerra con vida. Una petición similar la renovarían más tarde, después del licenciamiento, tanto que en 1921 estaba entre los que debía salir para Ecuador, en 1923 entre los que lo hacían para Kimberley (Australia) y en 1924 entre los que con su queridísimo P. Cimatti debían inaugurar la presencia salesiana en Japón. Pero siempre se lo impidió alguna razón.

En Carso participó en diversas acciones de guerra, hasta que el 1 de enero de 1917 cayó herido y, en malas condiciones, fue ingresado en el hospital de Bolonia, donde aprovechó para dedicarse con ardor a los estudios eclesiásticos. De vuelta a las trincheras de Gorizia y, más tarde, a Piave, fue combatiente activo hasta el armisticio del 4 de noviembre de 1918. Se ganó la medalla de plata al valor militar.

En abril de 1919 era licenciado con el grado de capitán. Entonces se dedicó con intensidad a terminar sus estudios eclesiásticos y prepararse para el sacerdocio. Fue ordenado de sacerdote el 8 de diciembre de 1920. Al año siguiente se graduó en Letras por la Universidad de Padua.

Los Superiores lo destinaron a Este como consejero escolar, cargo que ejerció hasta 1924.

A la hermosa edad de 32 años fue nombrado primer director de Pordenone, donde los salesianos aceptaron y desarrollaron una obra ya existente. En los seis años de director, don Renato llevó a término la construcción del cuerpo central del colegio y llevó al instituto a un gran florecimiento.

En 1931 el siervo de Dios Felipe Rinaldi lo llamó a dirigir la Inspección Central, que le interesaba muchísimo para los planes y compromisos misioneros de la Congregación.

En 1935 el Rector Mayor don Pedro Ricaldone pensó en él para dirigir la gran Inspección de Sicilia. En ella permaneció como Inspector sólo dos años, pues fue llamado al Consejo Superior para sustituir al benemérito don Bartolomé Fascie, en calidad de Consejero General para la escuela. Los Capítulos Generales XV y XVI lo confirmaron en tal cargo hasta 1950.

Durante este período, ensombrecido por los graves lutos y problemas que trajo la segunda guerra mundial (1939-1945), merece ser recordada la fortaleza de ánimo y la intrépida abnegación demostrada en los bombardeos de Turín desde 1942 hasta el final del conflicto. Una noche de diciembre de 1942 —como valiente capitán en licencia y como recordando el valor demostrado en Carso y Piave— entró en la vieja biblioteca incendiada y logró abrir una ventana y salvar sus volúmenes y las mismas habitaciones de Don Bosco, amenazadas por el peligro. También ayudó a salvar la SEI, el Buen Pastor, el Refugio y un piso destinado a depósito de muebles de la casa de Via Cigna, lindante con el Oratorio, cortando el fuego en el primer piso.

A su intensa labor de Consejero General para la escuela está vinculado, en una parte considerable, el desarrollo e impulso del incipiente Ateneo Salesiano, elevado posteriormente a Universidad Pontificia.

Al morir don Pedro Berrutti, el Rector Mayor lo nombró Prefecto (Vicario) General el 24 de mayo de 1950.

Dos años más tarde, el XXVII Capítulo General lo elegía Rector Mayor de la Congregación el 1 de agosto de 1952. Se convertía así en el V sucesor de Don Bosco.

Su rectorado duró doce años largos, desde 1952 a 1965. En el XIX Capítulo General, con humildad y sumisión, pero con firmeza y por motivos objetivos de salud, pidió ser exonerado de las responsabilidades supremas de la Congregación.

La familiar sencillez con que acompañó el gesto y las actitudes consiguientes, por así decir, de vuelta a una modalidad de convivencia menos notada y objeto de menos atenciones, testimoniaron su profundo —yo diría incluso que espontáneo y deseado— gusto de humilde fraternidad, de comunión sincera y de colaboración activa sin duda, pero más bien escondida y casi anónima.

Después del rectorado pasó en 1965 a dirigir el templo del Colle Don Bosco, contento de poder emplear las fuerzas que le quedaban en cultivar la devoción a su querido padre y fundador, cuya vida y obras sabía presentar de un modo inimitable ante los numerosos peregrinos llegados de todas las partes del mundo.

Tras un sexenio de servicio generoso, reconociendo que las fuerzas físicas ya no respondían a los esfuerzos que suponía su misión —tenía ya 79 años— optó por un lugar de paz y oración. Se fue a Albaré, localidad tranquila en las colinas de Verona próximas al lago Garda, y noviciado salesiano, en un clima de plácido ocaso en la oración y en la formación de nuevas generaciones salesianas.

Quinto sucesor de Don Bosco

En esta carta no es posible dar una visión completa del rectorado de don Renato Ziggotti y menos aún pretender dar un juicio global de él. No es la finalidad de estas líneas que se proponen presentar el testimonio espiritual y apostólico de su personalidad salesiana.

En sus primeras «buenas noches» de Rector Mayor expuso los sentimientos de su corazón y los horizontes marianos de su esperanza. «... Pensad —dijo— en lo que supone ser sucesor de Don Bosco. ¡Qué zozobra, qué gozo y qué temor a la vez embargan y oprimen mi pobre corazón! Es natural que la primera misa la celebre aquí —estaban todos en la basílica de María Auxiliadora— en este altar, bajo la mirada de quien es la Reina de nuestra familia, la Auxiliadora poderosa de todas y cada una de nuestras empresas, para que sea Ella la verdadera guía y rectora de esta gran familia, para que

Ella y nuestro querido Padre me inspiren a mí, a los Superiores aquí presentes y a los Capitulares que se van a esparcir por todo el mundo, cómo llevar a todos los lugares... la palabra de Don Bosco, el deseo de Don Bosco, el espíritu de Don Bosco, pues ninguna otra cosa nos debe interesar más que ésta. ¡Que la Virgen nos lo alcance!»

Don Renato era un creyente sólido y dinámico, con el estilo clásico del sentido práctico y de la sencillez salesiana. Con estos sentimientos en el corazón asumió las responsabilidades y se lanzó a la tarea.

Durante su rectorado la Congregación alcanzó la cima más alta de su crecimiento numérico.

Los salesianos pasaron de dieciséis mil novecientos a más de ventidós mil; las inspectorías, de 52 a 73; las casas, de 1.093 a unas 1.400. Se levantó en Roma el grandioso templo en honor de san Juan Bosco y su santuario en la colina de los Becchi. Logró llevar a Roma el entonces Ateneo Pontificio Salesiano y dio impulso al vasto complejo de edificios de la sede actual de nuestra Universidad. Quería que nuestro más importante centro de estudios fuera —como solía decir— *«faro de luz para toda la Congregación... Don Bosco no formuló la teoría. Os toca a vosotros hacerlo, estudiando con humildad y discreción y con pasión de hijos... Conviene que solidariamente os percatéis de todas sus enseñanzas. Controlaos y consultaos recíprocamente. ¡Que vuestra enseñanza sea católica y salesiana!»*

El último Capítulo General que preparó —el XIX— se pudo celebrar precisamente en la nueva sede del P.A.S., todavía no inaugurado oficialmente.

Participó en las tres primeras sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II, rodeado de una numerosa corona de obispos salesianos y del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Pero lo que más llama la atención es su deseo de visitar todas las Inspectorías y casas de la Congregación —y casi todas las de las Hijas de María Auxiliadora— y hablar, —aunque sólo fuera unos minutos— con cada uno de los salesianos, exceptuados algunos sectores, sobre todo los de la Europa de detrás del telón. Además se puso en contacto con los diversos grupos de la familia salesiana. Estas visitas iban a incidir sin duda en su salud; pero las quiso hacer con intrepidez y sacrificio, sostenido por una intuición de fe que le hacía percibir la urgencia de tejer la unidad a la hora de la explosión de los tiempos nuevos.

Ya había comenzado el vuelco cultural y eclesial en que todavía hoy nos vemos envueltos. La guerra había favorecido muchos distanciamientos, crecía la conciencia de los valores locales, perdía terreno la uniformidad para dar paso a la comunión en la pluriformidad, se sentía ya en el aire la necesidad de una identidad y unidad descentralizada en la vida de la Iglesia y de los Institutos religiosos. ¿Cómo se debía gobernar, en tales circunstancias, una Congregación mundial? ¿Cómo dar al ministerio de la autoridad un sentido concreto de animación?... Don Renato creyó que, junto con la llamada acción de gobierno, era imprescindible llegar a los corazones, hacer posible el contacto directo y los lazos del conocimiento personal y del afecto.

Una tarea casi imposible para el Superior General de una Congregación tan grande. Pero él la llevó a cabo en más de siete años de viajes agotadores.

No es fácil determinar cómo incidió un esfuerzo tan amplio en la vida de nuestra familia. Pero no cabe duda que la actual y positiva característica salesiana de comunión, de fraternidad mundial, de conciencia de pertenencia, de unidad y de identidad debe no poco a este singular celo de don Renato Ziggiotti. Un cariñoso testimonio nos lo deja entrever.

Después de tantos años, el actual Inspector de Gran Bretaña —Cyril Kennedy— al escribirle para sus 90 años, interpreta así los sentimientos de muchos salesianos:

Hace ya más de treinta años usted vino a visitarnos. Era el primer Rector Mayor que lo hacía... Su presencia nos encantó. Muchos de nosotros lo recordamos como si fuera ayer. Sólo sabía unas pocas palabras de nuestro idioma — ¡aunque sabía cantar nuestro himno nacional!—... Eso no supuso ningún obstáculo. Con su sonrisa, con su modo paterno de hacer y con su optimismo nos comunicaba maravillosamente sus sentimientos. Hasta entonces nunca habíamos visto a nuestros muchachos corresponder con tanto entusiasmo a otros superiores, sobre todo si venían del extranjero.

Entre usted y ellos había algo, una verdadera inmediatez de intercambio que no necesitaba palabras: usted demostraba que los quería como Don Bosco, y ellos lo comprendían con una intuición gozosa.

Querido don Renato, no eran sólo los muchachos quienes se le abrían a usted con gozo. Los salesianos de mi generación —hoy un poco viejos, pero entonces to-

davía jóvenes— saboreaban todavía más que los muchachos la gracia de su presencia entre nosotros.

Gracias, muchas gracias, queridísimo padre, por todo el bien que nos hizo y por todo lo que usted sufrió por la Congregación viajando, trabajando y alentando. Hoy nosotros, cuando usted llega a la meta de los 90, nos alegramos con usted, rezamos por usted y le decimos que le queremos con la caridad de Cristo más de lo que permiten decir las palabras.

Vemos, pues, que es verdad que viajó como tejedor de unidad, que dejó grabado en los corazones un afecto vital de comunión.

También podemos afirmar que de la dura experiencia de este gigantesco esfuerzo nació una nueva estructura de servicio para la animación de la Congregación: los Consejeros Regionales, creados precisamente al final de su rectorado en el XIX Capítulo General, el de 1965. Los Regionales saben de un modo especial y pueden atestiguar hoy más que los otros cuánto vale y cuesta este aspecto del indispensable ministerio de unidad encomendado al Rector Mayor con su Consejo.

Don Renato promovió en todas partes, como consta en las «Actas del Consejo Superior», la pastoral de las vocaciones, la importancia de la formación de las nuevas generaciones salesianas, la evangelización de la juventud, el sentido de Iglesia y la fidelidad inquebrantable al Fundador.

Se preocupó de toda la familia salesiana. Lo saben muy bien las Hijas de María Auxiliadora, los Cooperadores, los Antiguos Alumnos, las Voluntarias de Don Bosco y demás grupos. ¡A cuántas reuniones y congresos asistió en las distintas partes del mundo: Roma, Buenos Aires, Lourdes, Barcelona, etc!...

Las Voluntarias de Don Bosco, de un modo particular, recuerdan que el relanzamiento de su asociación, hasta madurar y afirmarse como instituto secular, tuvo su comienzo el 6 de enero de 1956, bajo el rectorado de don Renato, a través de la acción del Consejero General don Luis Rícceri con sus colaboradores íntimos.

No se cansaba de exhortar a la comunión y colaboración práctica entre todos los grupos.

En octubre de 1962, ya en clima de Concilio, durante una reunión de delegados inspeccionales de cooperadores de Italia, hizo ver la impor-

tancia de relanzar el reclutamiento de los seglares. *Vuestro trabajo —dijo— es importantísimo. Para que sea fructuoso os digo: ¡Trabajad, trabajad unidos! Procurad que haya acuerdo entre vosotros y con nuestras otras actividades. La nuestra es y debe ser una familia, donde todas las fuerzas trabajan en unión... Se trabaja mucho; pero la preocupación de los Superiores es que estas actividades colaboren en armonía para introducir en la sociedad un fermento cristiano que ayude a preservarla del neopaganismo.*

La petición de ser exonerado con que don Renato terminó su rectorado es un hecho que demuestra su personalidad, su amor a la Congregación y su intuición de los tiempos. Era un gesto inédito, único en su género. Yo participé en aquel capítulo. Recuerdo la impresión enorme que lo acompañó. Alguien le había hecho ver los perjuicios de la ruptura de una «tradición» como un peligro; pero se mantuvo en su decisión. Su gesto fue admirable por su densidad de virtud, por la visión de prudencia y por el amor sincero a la Congregación.

El día siguiente a la elección de su sucesor, un salesiano —el P. Giovanni Raineri— paseaba solo con don Renato en el vestíbulo del Ateneo. Llegó un cartero con un telegrama. El portero se lo entregó inmediatamente a don Renato. Buscó las gafas para leerlo; al no encontrarlas, le dijo al salesiano: *Léemelo tú*. El texto era más bien largo. Provenía de Aldo Moro —entonces Presidente del Gobierno italiano—. Le manifestaba sus sentimientos de admiración por el ejemplo dado con visión de futuro. Como es de suponer, en el telegrama había juicios muy lisonjeros para su persona. Don Renato sonrió y comentó: *¡Es una exageración! No digas nada a nadie.*

El gesto se vio en la Congregación y fuera de ella como expresión de una personalidad humilde, valiente, abierta a la ráfaga de aire fresco del Concilio, fiel a Don Bosco y sinceramente preocupado por hacer crecer su Obra en los tiempos nuevos.

Después de la elección de don Luis Rícceri, su sucesor, él mismo afirmó convencido: *He rezado para que todo saliera como ha salido... La continuidad queda así garantizada; la Congregación florecerá.*

Algunos rasgos de su fisonomía espiritual

Me parece, queridos hermanos, que será útil destacar para nosotros, aunque con brevedad, algunos rasgos más característicos de la fisonomía

salesiana de don Renato Ziggiotti. Me detengo sólo en cinco que me parece lo retratan mejor.

1. *Seguir a Jesucristo*

Los años de ocaso, con la «purificación de los recuerdos» han puesto en evidencia, de una forma conmovedora, cuál era el secreto interior de su corazón: Ser discípulo de Cristo y en El vivir de Dios.

En este aspecto se ha visto una clara aceleración de intensidad que había ido creciendo a lo largo de toda su vida.

He pedido a Giovanni Furlanetto, su fiel secretario durante más de treinta y cinco años, algunas impresiones y reflexiones sobre el difunto. Leo en su respuesta, como aspecto primero e importante: *A una mirada superficial don Renato daba más bien la impresión de hombre dinámico por sus múltiples actividades exteriores. Es verdad; pero el móvil de todo era su vida interior, vivida intensamente. Vivía de Dios, a quien consideraba centro de todas sus actividades y término último de todas sus manifestaciones externas. Se nutría de Dios desde las primeras horas de la mañana con un horario preciso y metódico. Se levantaba a las cuatro y rezaba intensamente. Sus principales intenciones eran la Iglesia, la familia salesiana en sus múltiples ramas: Rezaba por los salesianos e Hijas de María Auxiliadora, por el incontable mundo de alumnos, alumnas, cooperadores, antiguos alumnos, parientes y amigos. Después leía y meditaba. Usaba libros de ascética, de formación salesiana y biografías edificantes.*

Se sentía profundamente sacerdote de Cristo. Además del abundante ministerio de la palabra y dirección de los corazones, buscaba y se prestaba gustoso para administrar sacramentos, principalmente el de la Reconciliación. Se mantenía al día en todas las disposiciones de la Iglesia. Hacía de la Eucaristía el verdadero y cotidiano centro de toda su existencia.

2. *Estar con Don Bosco*

Miraba al Fundador con entusiasmo y afecto filial, convencido de que Don Bosco —que le había sido dado como el mejor regalo del Señor— era para él modelo e inspirador de su seguimiento concreto de Cristo.

Mons. Rosalio Castillo Lara, tan benemérito del nuevo Código de Derecho Canónico, en su carta de pésame dice lo siguiente: *La vida de hombres como don Renato es un auténtico tesoro para la Congregación, pues presenta originales elementos y rasgos de las facciones pluriformes de la Congregación, siempre joven y atractiva. Pienso, sobre todo, en lo que es, en mi humilde opinión, el elemento más destacado de la personalidad de don Renato: su amor a Don Bosco, un amor inmenso, enérgico y radical, que se había hecho el tuétano de sus huesos; amor que no se discutía jamás y era criterio de discernimiento y estímulo vigoroso en las decisiones graves. Y esto no sólo cuando como Rector Mayor se sentía obligado a ello por vínculo constitucional, sino también cuando era salesiano joven, seminarista, soldado o consejero. Son vidas completamente entregadas a Don Bosco y a la Congregación, sin reservas, sin condiciones y sin pretensiones, con la absoluta generosidad del don y de la conciencia gozosa de la propia vocación.*

Es un testimonio que he oído a otros muchos salesianos, como un plebiscito de estima.

Sin hablar del tiempo anterior al noviciado —de los 7 a los 16 años, que como hemos visto también estuvo marcado por la huella salesiana de Don Bosco— su existencia se desarrolla en una secuencia de más de 73 años de profesión; 41 de generoso y abrumador servicio en el timón de una casa, de una inspección o de toda la Congregación; 28 como miembro del Consejo Superior, y más de 12 como Rector Mayor.

Don Renato quiso de veras *estar con Don Bosco* durante toda su larga existencia, y encarnó y animó con fidelidad constante su proyecto de santidad y apostolado.

3. Testimoniar bondad, don de sí y alegría

Todos lo recuerdan como hombre de buen corazón: un superior resuelto que había sido capitán, pero de corazón muy comprensivo. Tenía lenguaje de amigo y sonrisa sincera: siempre dejaba buen sabor de boca y el ánimo satisfecho. Mostraba con invariable espontaneidad un rostro franco y alegre; supo encarnar la nota distintiva de la paternidad salesiana.

Un novicio de 1930 en Este —Francisco Tassello— lo recuerda como director de Pordenone invitado a predicar un retiro espiritual en el

mes de agosto. A los novicios les dejó la impresión de persona brillante y de gran valía, atrayente y optimista, que hablaba con simpático calor humano y con mucho amor al Señor. *Lo que más se me quedó grabado —escribe— fue la definición que dio de salesiano. Como el mismo don Renato afirmaríale gustó mucho a don Felipe Rinaldi la primera vez que la oyó: ¿Que cómo hacemos un salesiano? —Un rostro alegre y el corazón en la mano..., y ya está hecho el salesiano... También nos gustó mucho a los novicios. Desde entonces no la hemos olvidado. Don Renato encarnó su definición: No basta la cara alegre; hay que tener siempre el corazón en la mano.*

¡Cuántos salesianos más podrían contar pequeñas o grandes anécdotas para confirmar esta sorprendente característica de don Renato! La bondad y la alegría fueron incluidas por Don Bosco en el mismo nombre que llevamos: «Salesianos». Forman parte de nuestra índole peculiar, de nuestro modo de estar entre los jóvenes, de nuestra metodología apostólica y de nuestro vivir y evangelizar...

Además, la ilimitada donación de sí es el principal fruto práctico de la caridad pastoral que brota del espíritu del «da mihi ánimas». Sí; en el rostro sonriente y altruista de don Renato se habría podido grabar el lema que el Padre había escogido como síntesis de la identidad salesiana: «Da mihi ánimas, cetera tolle».

4. Vivir de trabajo y templanza

Sus jornadas trascurrían en un estilo espartano. El mismo servicio militar había dado su aportación al vigor de una convencida disciplina ascética. La vivió en la escuela de Don Bosco, en la «terrible regularidad de cada día», sin pose de héroe, aunque con heroicidad de virtud. Vivía en la humildad, en el dominio constante de sí mismo, en la pobreza y, sobre todo, en el trabajo asiduo.

Hemos visto que, en su misma edad avanzada, no quería que nadie le arreglara la habitación, sino que se apañaba solo. Le gustaba el sacrificio, porque se sentía «hostia viva» diariamente ofrecida a Dios. No sólo demostraba capacidad incansable para servir a los demás, no sólo tenía aliento para afrontar las dificultades y generosidad para asumir las privaciones que la vida trae consigo, sino que además con iniciativa libre buscaba mortificaciones extraordinarias, para no aflojar en su amor apostóli-

co y dar la mayor autenticidad posible a sus energías de acción y para que sus sentimientos estuvieran exclusivamente al servicio del Señor.

Nuestro benemérito salesiano coadjutor Renato Celato, que vivió muchos años a su lado, habiendo entrado en su habitación para un servicio especial, dio casualmente con un cilicio empapado en sangre. Don Renato lo usaba cuando era Rector Mayor, encargado de dirigir la Congregación en situaciones difíciles.

Había tomado en serio lo que el famoso personaje del sueño le había dicho a Don Bosco: *Mira: hace falta que bagas imprimir las palabras que van a ser como vuestro escudo de armas, vuestro santo y seña, vuestro distintivo. Anótalas bien: «El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana». Hazlas explicar, repítelas, insiste en ellas. Haz imprimir un manual que explique y haga comprender bien que el trabajo y la templanza son la herencia que legas a la Congregación y que serán también su gloria* (MB 12, 466-467).

Don Renato es, sin duda, un modelo extraordinario de esta exigente escuela espiritual del Fundador.

5. *Compendiar todo en la sencillez*

Finalmente, querría recordar un rasgo que se da en todos los aspectos de la vida de don Renato. Da un estilo peculiar a su oración, a su trabajo, a su ministerio de autoridad, a su bondad y a su alegría. Es el estilo que ha marcado precisamente el espíritu de Don Bosco y de sus mejores hijos.

Don Luis Rícceri, sucesor de don Renato y hoy también Rector Mayor emérito, da de él un testimonio valioso en un escrito que me ha hecho llegar.

...El estilo de don Renato —escribe—, o mejor, de su riqueza espiritual, interpretada en clave auténticamente salesiana, me lo ha revelado como el hombre de la sencillez, una virtud muy rara, pero propia de las almas verdaderamente ricas ante Dios. El continuo y largo trato con él me ha convencido de lo verdadera que es la afirmación de un insigne maestro de espiritualidad, el P. Fáber. «La sencillez —dice— no es más que la sinceridad cristiana, y se traduce en la triple verdad: consigo mismo, con los demás y con Dios». Pero en

seguida advierte: «Cada una de esas tres verdades es más rara que el cisne negro de Australia».

En mi opinión, don Renato vivió y se esforzó por vivir esa sencillez; que en el fondo no es más que la vida evangélica, interpretada en la escuela de San Francisco de Sales y de San Juan Bosco por sus grandes predecesores como el beato Miguel Rúa, don Felipe Rinaldi y otros grandes padres de la Congregación, por ejemplo: Vicente Cimatti, de quien fue discípulo devoto.

Esta sencillez se trasparenta ya en la evidencia de la actitud habitual de una persona que, alérgica a todo tipo de afectación, parece no querer tomarse en serio. Frente a su interlocutor, no pretende hacerse «personaje». De ahí su hablar afable, sazonado de alegre amabilidad y de optimismo que a menudo se convierte en entusiasmo, pero nunca falto del discernimiento que, ajeno a todo artificio y subterfugio, juzga siempre hombres y cosas desde el punto de vista de Dios...

Pero esta sencillez, que se traduce en la difícil verdad consigo mismo, tiene en don Renato aspectos más profundos. Efectivamente, no supervalora sus posibilidades personales; posee el sentido de sus límites. De tal sentido dio una muestra impresionante cuando en 1965 —aguantando incluso insistencias urgentes— quiso dejar la responsabilidad del gobierno de la Congregación. Se daba cuenta de que sus energías, minadas por el larguísimo esfuerzo de un servicio que no había conocido descanso ni paréntesis, no aguantarían las exigencias que la acelerada evolución de los tiempos impondría a la Congregación. Y precisamente por lo que le parecía el bien de la Congregación, y con sentido de responsabilidad consciente, se mantuvo en su decisión.

Dejando aparte este gesto tan admirado y significativo, a mí me parece que precisamente por aquel su no supervalorar sus propias responsabilidades, en la multiforme acción de gobierno promovía siempre la integración de sus colaboradores, cuyo trabajo apreciaba sinceramente, aprecio que traducía en confianza y escucha.

Me parece también que la sencillez de don Renato se vio muy clara en su disponibilidad —que yo calificaría de habitual— para aceptar y afrontar con serenidad, sin crear ni crearse complicaciones, cualquier incumbencia o responsabilidad a la que la Providencia lo llamara a través de los hombres o de los acontecimientos, tanto si se trataba del gobierno de la Congregación, como incluso de las ruinas causadas en Valdocco por los bombardeos bélicos.

Sin embargo, pienso que el punto más alto de la sencillez de quien camina

fielmente tras las huellas de «Don Bosco con Dios, nuestro querido don Renato lo alcanzó precisamente en sus relaciones con Dios.

Tampoco en él se dio nada extraordinario, por lo menos aparentemente. Pero, qué piedad tan enjundiosa; sencilla, sí, pero nutritiva y sabrosa como el buen pan de perfume casero. Era evidente por su comportamiento en todos los actos de oración, en los muchos encuentros personales con el Señor para hablarle de corazón a corazón sobre los mil problemas de la Congregación. Y, ¡qué ternura tan filial con María Auxiliadora, la ternura confidente de don Felipe Rinaldi, la de los grandes rezadores del rosario en la Congregación: con aquel rosario que en los últimos años de su existencia mortal fue el instrumento amigo de sus largos coloquios con la dulce Madre!...

¡Que las nuevas generaciones salesianas, a las que la Providencia va a encomendar el destino de la Congregación en el mundo y en la Iglesia, puedan conocer —y tengan para ello posibilidad e instrumentos— figuras de salesianos que como don Renato han sido, en simplicidad salesiana, constructores y realizadores de la misión de don Bosco en el tiempo y en el espacio!

Una vida para los jóvenes

Antes de concluir, querría resumir esta rápida semblanza de la personalidad de don Renato Zaggiotti en la idea que he adelantado al comienzo de esta carta. Me parece un mensaje, su última indicación en el adiós de los funerales de Verona.

Un sucesor de Don Bosco —y mucho más si ha vivido hasta los 90 años— nos recuerda el don de predilección por los jóvenes. Su vida se consumió por ellos, siguiendo el gran ejemplo —¡que es carisma!— del Fundador. Don Bosco había *prometido a Dios que hasta el último aliento serviría para sus pobres muchachos* (cfr. MB 18, 258) y de hecho *no di paso ni pronunció palabra, ni puso mano a empresa que no tuviera como objeto la salvación de la juventud; realmente sólo le interesaron las almas* (DON MIGUEL RUA, Carta circular del 24 de agosto de 1894).

Durante la misa de cuerpo presente de Verona un grupo de muchachos y jóvenes cantó con brío y afecto un expresivo himno a don Bosco que, con espontánea aplicación, pude referir en la homilía a la persona de su V Sucesor: *Renato, sé siempre guía de jóvenes; muestra el camino que*

lleva a Jesús. Su vida nos ha hecho pensar en Jesucristo y en los jóvenes: Jesucristo para los jóvenes; los jóvenes para Jesucristo.

Es el gran mensaje de la vocación salesiana. Fue hermoso celebrar la muerte de un patriarca mirando al porvenir cristiano de la juventud en una paradójica armonía de extremos: luto en la alegría, muerte en el renacimiento, sueño de paz en los compromisos de la esperanza, plenitud de años en la primavera juvenil.

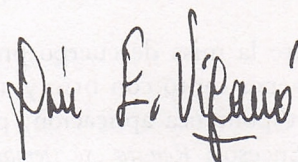
Cuando al final de la Misa el féretro llevado procesionalmente por los patios se colocaba en el furgón para ir al camposanto, entre la emoción de los presentes, de los corazones brotó como una inspiración el himno *Giù dai colli* (cfr. «*Su concierto han entonado*»...), cantado a coro, con un significado nuevo y comprometedor, cual testimonio de actualidad, de gratitud por una vida y de ideal de vocación: «*Don Bosco ritorna tra i giovani ancor/lo chiaman frementi di gioia e d'amor...*»

¡Era la sugerente y conmovedora conclusión de la vida de un hijo de don Bosco!... La vida de don Renato Ziggiotti nos hace pensar en la juventud; proclama al mundo que Dios Padre ama a los jóvenes, que Cristo murió y resucitó por los jóvenes, que el Espíritu del Señor ha suscitado vocaciones en la historia de la Iglesia para demostrar y comunicar a los jóvenes el amor de Dios, que la Virgen María es madre de los jóvenes y que el futuro de la sociedad humana se construye con una juventud que tenga corazón cristiano.

Queridos hermanos, a la vez que ofrecemos sufragios por don Renato Ziggiotti, pidámosle también interceda ante el Señor por el feliz resultado de nuestro próximo Capítulo General y, sobre todo, para obtener que la Congregación y la familia salesiana crezcan en todos los continentes y naciones en el conocimiento, en el amor y en la realización actualizada y fiel de la vocación salesiana de Don Bosco.

Os saludo cordialmente y os invito a un esfuerzo renovado de santidad en el apostolado.

Vuestro afmo. en el Señor

A handwritten signature in dark ink, reading "Don E. Viganò". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'D' and 'V'.

Datos para el necrologio

Don RENATO ZIGGIOTTI

* nacido el 9 de octubre de 1892 en Campodoro (Padua, Italia)

† muerto el 19 de abril de 1983 en Albaré (Verona, Italia)
a los 90 años de edad, 73 de profesión y 62 de sacerdocio.

Fue inspector durante 6 años; Consejero General para la escuela durante 14; Prefecto General durante 2 años y Rector Mayor durante 12.

Central Catequística Salesiana
Alcalá, 164 - Madrid-28
Edición extracomercial

Instituto Politécnico Salesianos-Atocha

